

Liderazgo de los padres. Seguridad de los hijos.

La educación de los hijos es uno de esos temas sobre los cuales los papás quieren saber un poco más, sobre todo cuando se producen tantos cambios en la manera de educar a los hijos. Esos cambios han sido provocados por diferentes factores: el ambiente en el que cada uno vive, los medios de comunicación, el tamaño de las familias etc. y cabe cuestionarse si todos ellos han sido para mejorar.

Un buen ejemplo de lo anterior es el tema del liderazgo. En los últimos años se ha producido un verdadero “boom” de las llamadas habilidades blandas, y muchos estudios e investigaciones dan cuenta de su importancia en temas tales como: política, trabajo, voluntariado y, por supuesto, educación y familia. Así, un tema central en la educación de los hijos, como lo es la autoridad –hoy directamente vinculada al liderazgo– vuelve a cobrar más valor y vigencia que nunca.

Cuando se habla de liderazgo conviene tener en cuenta dos conceptos fundamentales: *poder* y *autoridad*. El poder es la capacidad que tiene alguien para imponer sus criterios a otro por la fuerza o la amenaza de un mal que puede inferirle.

Todo padre, por ser tal, goza de una buena cuota de poder, sobre todo cuando los hijos son pequeños. Es muy frecuente que los papás “lo sean todo” para los niños chicos y que las cosas sean de determinada forma, simplemente porque “así dijo el papá o la mamá”. Por lo mismo, en esta etapa las órdenes que se les dan suelen cumplirse fácilmente. En cualquier caso, si así no fuera, los padres deben encargarse de ser obedecidos, no sólo porque sus normas custodian un bien, sino, simplemente, porque ellos lo dicen.

La autoridad, en cambio, es el saber socialmente reconocido, fruto del estudio o la experiencia acumulada. A diferencia del poder la autoridad no se da automáticamente con la paternidad, sino que debe ganarse día a día con dos herramientas básicas: la propia formación y el ejemplo. Dichos conceptos son clave, pues es a esta autoridad a la que hay que ir apelando conforme van creciendo los hijos. En efecto, si de pequeños no importaba lo que se mandaba, sino quién lo hacía, cuando son adolescentes comienzan a exigir razón de las normas que reciben. Si un padre no puede justificar el por qué de lo que manda, perderá autoridad irremediabilmente.

La idea, entonces, es una adecuada dosis de poder y autoridad para poder ejercer bien la labor de padre. De hecho la autoridad se entiende como un cuidado que se tiene de otro al que debe ayudar para su perfección. Por lo mismo, la autoridad se mantiene mientras produce esa función perfectiva y se pierde cuando se opone a ésta. Esto es fundamental. Toda autoridad nace y se ejerce para el bien del que obedece, mediante el ejercicio de los talentos del superior puestos al servicio del inferior. Si no fuera así, el que manda utilizaría a quien obedece como instrumento para su propio interés, lo cual es incompatible con cualquier empeño verdaderamente educativo. Se puede concluir, entonces, que para que haya autoridad debe haber, en el que la ejerce, un bien o

perfección que transmite al que obedece. En este sentido, el deber de autoformación y ejemplo son ineludibles.

Por lo mismo, las órdenes que se dan deben tener siempre un sentido de servicio a los demás, de beneficio para quien la lleve a cabo. Por ejemplo, exigir a los hijos que se lleguen a una hora concreta, sirve para que al cumplir lo ordenado, se contribuya al buen funcionamiento del hogar y a respetar el trabajo, por ejemplo, de quien tuvo que cocinar. Si los horarios son nocturnos, se contribuye además, a la seguridad de los que vuelven. Por otro lado, el no consentir ciertas ironías o burlas, no es más que ayudar a vivir un ambiente mejor al tener cuidado de no herir a nadie. Exigir respuestas respetuosas, es ayudar a dialogar y aceptar la opinión de los demás y de hacer respetar la propia.

Cuando el liderazgo o la autoridad se entienden de esta forma es mucho más fácil lograr la buena disposición del que obedece, pues entiende que lo beneficia.

A la luz de lo dicho es posible sacar una segunda conclusión: la autoridad no se da en solitario. Ella exige en otro una virtud correspondiente: la obediencia. Por tal entendemos aquel hábito por el cual “se acepta asumiendo como decisiones propias, las de quien tiene y ejerce autoridad, con tal de que no se opongan a la justicia, y realiza con prontitud lo decidido, actuando con empeño para interpretar fielmente la voluntad del que manda”¹.

Pero la obediencia, en tanto que es virtud, también es objeto de aprendizaje, requiriéndose para inculcarla, una buena dosis de autoridad, o liderazgo. La definición antes dada permite intuir que, para que haya obediencia, es necesaria la combinación de tres factores: admiración, conveniencia y miedo.

La *admiración* está configurada por los talentos de las dos partes, pues es una forma de amor recíproco. Ama el que procura el bien del otro y ese amor reclama una correspondencia semejante.

El *interés* consiste en que se secunda la voluntad de otro por los beneficios o utilidades que eso reporta. Nadie dudaría del legítimo interés en un hijo por obedecer a su padre revestido de autoridad.

Y el *miedo* está relacionado de manera proporcional al mal que amenaza al que no obedece, y al grado de justicia o arbitrariedad del que ejerce la autoridad. El temor, por supuesto, no puede ser el elemento central de la relación paterno-filial, pero debe estar presente en el hijo, sobre todo cuando no se respeta la legítima autoridad de los padres.

Una tercera conclusión que puede obtenerse es que un padre es un maestro, un educador, no un dictador; y un guía y consejero, no un igual o un amigote. Por eso se

¹ Isaacs, David. La Educación de las Virtudes Humanas y su evaluación. Editorial Eunza. 13ª edición. P. 313.

dice que los padres están para acompañar a los hijos, en su crecimiento, ayudándoles a convertir en victorias las ineludibles pruebas de la vida. Bajo este principio rector, la labor educativa de los padres puede resumirse en dos cosas:

1. Evitar hacer por los hijos aquello que éstos pueden hacer por sí mismos.
2. Hacer por los hijos lo que ellos no puedan hacer por sí mismos, procurando que aprendan, y sólo mientras éstos no puedan lograrlo.

Una cuarta conclusión es que el niño necesita de la autoridad de los padres para lograr un desarrollo equilibrado. Es más, la autoridad bien ejercida da seguridad a los hijos. Al revés de lo que suele creerse, la ausencia de autoridad en los padres desconcierta a los hijos, pues ellos no nacen sabiendo lo que es necesario para mejorar como personas (ese es el fin de educar) para eso están sus padres que deben indicarles el camino seguro.

La experiencia indica que hace sufrir menos la negación de un capricho que la denegación de autoridad. La clave está en que los padres sepan combinar la exigencia con el cariño y que los niños puedan conocer perfectamente las consecuencias de cumplir o no las normas del hogar.

Se ha hablado de la autoridad “bien ejercida”, pues es frecuente encontrar modelos erróneos de autoridad paterna. Ellos son los que no combinan adecuadamente las dos herramientas del liderazgo, centrándose sólo en una, e ignorando la importancia de la otra. Estos errores son fundamentalmente dos: aquel en el que hay un exceso de firmeza y un déficit de ternura (autoritarismo) y aquel en el que el exceso de cariño desplaza la necesaria cuota de firmeza (permisivismo).

Así, en el modelo autoritario, los hijos obedecen por miedo. Los padres que lo usan corren el riesgo de convertir a sus hijos en personas asustadizas, tímidas y con baja autoestima. Y luego, en la adolescencia, también pueden dar origen al efecto contrario: alejamiento y rebeldía.

Por el contrario, el padre o la madre permisivos se dejan sobrepasar y maltratar por los hijos. Es frecuente que se quejen de que sus hijos son desobedientes pero no hace nada por solucionarlo. Cuando ya no pueden más "explotan", y cuando esto ocurre, a menudo se exceden, y caen en castigos desmedidos o descalificaciones personales.

La pregunta que surge, entonces es ¿Cómo llegar a un equilibrio entre autoridad y poder? o, lo que es lo mismo, ¿Cómo compatibilizar ternura y exigencia? Se intentará responder, considerando a modo de ejemplo, los principales errores que suelen debilitar la autoridad de los padres:

1. Creer que a los niños “hay que dejarlos”. Es imposible educar sin intervenir. El niño, cuando nace, no tiene conciencia de lo que es bueno ni de lo que es malo. No sabe, por ejemplo, si se puede rayar las paredes o no. Los adultos somos los que hemos de decirle lo que está bien o lo que está mal. El dejar que se ponga de pie encima del sofá porque es pequeño, por miedo a frustrarlo o por comodidad

es el principio de una mala educación. Los niños necesitan referentes y límites para crecer seguros y felices.

2. Ceder después de decir no. Una vez que se ha tomado una decisión –como negar un permiso– el ideal es respetarla, pero ello es imprescindible cuando se trata de un NO. El no es innegociable y se cometería un error si se cede ante la insistencia de los hijos. Cuando se vaya a decir no, hay que pensarlo bien, porque no hay marcha atrás. Si no se ha dado permiso para ver la televisión, porque ayer estuvo más tiempo del que debía y no hizo las tareas, el hijo no puede ver la televisión aunque lo pida de rodillas y en tono suplicante, otra oportunidad.
3. En cambio, el sí es perfectamente negociable. Si se da permiso para ver la televisión en la tarde, hay que acordar qué programa y cuanto rato.
4. Falta de coherencia. Como ya se ha dicho, los niños han de tener referentes y límites estables. Las reacciones del padre o la madre han de ajustarse a unos criterios de educación compartidos y establecidos con anterioridad. El estado de ánimo ha de influir lo menos posible en la importancia que se da a los hechos. Si hoy está mal rayar en la pared, mañana, también.
5. Igualmente es fundamental la coherencia entre el padre y la madre. Si el padre le dice a su hijo que se ha de comer con los cubiertos, la madre le ha de apoyar, y viceversa. No se debe caer en la trampa de: "Déjalo que coma como quiera, lo importante es que coma"; o en el facilismo de "pregúntale a tu papá (mamá)".
6. Perder el control. A veces es difícil no perderlo. De hecho todo educador sincero debe reconocer haberlo perdido alguna vez en mayor o menor medida. Descontrolarse supone un abuso de la fuerza que conlleva una humillación y un deterioro de la autoestima para el niño. Además, a la larga, el ser humano se acostumbra a todo, luego, el niño se acostumbrará a los gritos y les dará cada vez menos importancia.
7. Gritar conlleva un gran peligro anexo: cuando los gritos no dan resultado, la ira del adulto puede pasar fácilmente al insulto, la humillación e incluso los malos tratos psíquicos y físicos, lo cual es muy grave. Nunca debemos llegar a este extremo. Si los padres se sienten desbordados, deben pedir ayuda: tutores, psicólogos, escuelas de padres...
8. No cumplir las promesas ni las amenazas. El niño aprende muy pronto que cuanto más promete o amenaza un padre o madre menos cumple lo que dicen. Cada promesa o amenaza no cumplida es un golpe a la autoridad que se resiente indefectiblemente. Las promesas y amenazas deben ser realistas, es decir, fáciles de aplicar. Un día sin televisión o sin salir, es posible. Un mes es imposible.

9. No escuchar. Muchos padres se quejan de que sus hijos no los escuchan, pero ellos mismos no se han tomado la molestia de escucharlos primero. Mientras menos vinculación inicial, hablando de las cosas “simples” de la vida de un niño, más incomodidad futura cuando se deba hablar de las cosas “complejas” de un adolescente. La conclusión es tomarse muy en serio a los hijos. Una autoestima baja suele deberse a la escasez o ausencia de respuestas, al exceso de críticas, a sentirse invisible, o a la ausencia de amor.
10. Exigir éxitos inmediatos. En educación el factor tiempo es fundamental, y muchas veces los padres los saben. El problema es, como dice el refrán, que del dicho al hecho hay gran trecho, y con frecuencia les tienen poca paciencia a los hijos. Los niños suelen aprender, también y en gran medida, de sus errores y los papás deben tenerlo en cuenta. Además, se sabe que la familia es el único lugar donde los hijos son queridos por lo que son más que por lo que tienen o hacen, de modo que es un lugar más adecuado para aprender con riesgos controlados.

A continuación, algunas actuaciones concretas y positivas que ayudan a tener prestigio y autoridad positiva ante los hijos:

1. Tener unos objetivos claros y compartidos entre los padres (un proyecto educativo definido) de lo que pretenden cuando educan. Esto es fundamental, pero muy pocas familias se han tomado el tiempo de explicitarlo. Los objetivos deben ser pocos, claros y adecuadamente comunicados a los hijos. Además deben revisarse si se percibe que se han olvidado o han quedado desfasados por el crecimiento de los niños. Finalmente, deben ser objeto de conversación permanente por parte de los padres.
2. Enseñar con claridad cosas concretas. Al niño no le sirve escuchar "pórtate bien", o "come bien". Estas instrucciones generales no le dicen nada. Lo que sí le vale es darle con cariño instrucciones concretas de cómo estar en la mesa; cómo comportarse en determinados ambientes, etc.
3. Dar tiempo de aprendizaje. Una vez dadas las instrucciones concretas y claras, hay que ayudar al niño a poder cumplirla. Para eso requiere atención y apoyo mediante ayudas verbales y físicas, si es necesario. Son cosas nuevas para él y requiere un tiempo y una práctica guiada.
4. Valorar siempre sus intentos y sus esfuerzos por mejorar, resaltando lo que hace bien. El refuerzo positivo siempre es importante, y si no se logra el objetivo al menos se podrá felicitar el empeño. Al niño, como al adulto, le encanta tener éxito y que se lo reconozcan.
5. Dar ejemplo para tener fuerza moral y prestigio. Esta es la esencia del liderazgo. Sin coherencia entre las palabras y los hechos, jamás conseguiremos nada de los hijos. Antes, al contrario, los confundiremos y los defraudaremos. *Un padre no puede pedir honestidad a su hijo si le pide decir que no está cuando lo llaman por teléfono.*

6. Confiar en los hijos. La confianza es una de las palabras clave. Para que los hijos confíen en los padres, éstos deben confiar en los hijos y en la educación que les han dado. Cada vez que el padre le da a su hijo la oportunidad de responder –con con el buen uso de su libertad– a la confianza recibida, lo hace crecer en madurez y responsabilidad.
7. Hablar menos y hacer más. Una vez que el niño tiene claro cuál ha de ser su actuación, es contraproducente invertir el tiempo en discursos para convencerlo. Cuando ya hay claridad en lo que se debe hacer, lo que importa es su voluntad, más que su inteligencia. Los sermones aburren y alejan.
8. Reconocer los errores propios. Nadie es perfecto, los padres tampoco. El reconocimiento de un error por parte de los padres da seguridad y tranquilidad al niño y le anima a tomar decisiones aunque se pueda equivocar, porque, como se ha dicho, los errores también son oportunidades de aprendizaje.

La natural responsabilidad de liderazgo que tienen los padres les exige huir del qué dirán. Se prudentes y responsables; tener una clara jerarquía de valores; y sobretodo tener una idea definida del ideal de excelencia humana –fin de todo el empeño educativo– no tiene buena acogida en los días que corren. Sin embargo, vale la pena. Como dice un gran educador, el permisivismo suele ser hijo de la frivolidad que desprecia los valores –por indecisión o comodidad– y por eso considera timoratos a los padres prudentes y responsables. Como no se tiene nada que perder, no hay nada que defender. Sólo quien valora algo y lo tiene en mucho, lo protege de riesgos innecesarios. Todo padre responsable sabe que los valores no son transables por las costumbres o modas del momento. Lo que la mayoría hace o dice hacer no puede elevarse a la categoría de valor, aunque pese en el ambiente².

Manuel Uzal C.

² Cfr. Diego Ibáñez. El Regreso al sentido común.